

Próximo número:

# De mal agüero

Divertida comedia cinematográfica, de gran éxito, interpretada por los célebres artistas

Dorothy Gish

y

Rodolfo Valentino

Interesantes escenas en todas las cuales aparecen los dos protagonistas.

POSTAL-FOTOGRAFIA:

TSURU AOKI

(Esposa de Sessue Hayakawa)

Sale todos los miércoles. Precio 25 cts.

¡No deje de adquirir los números atrasados que le faltan pues se están agotando! ¡No lo olvide usted!

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 42

25 cts.



**UN JUEGO  
PELIGROSO**

por  
**Gladys Walton**  
**Filmoteca**

de Catalunya



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

---

Redacción { Gran Via Layetana, 17  
Administración { Teléfono, 4424-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 42

---

---

## UN JUEGO PELIGROSO

por GLADYS WALTON

---

UNIVERSAL PICTURES CORPORATION

CONCESIONARIOS:

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.  
Valencia, 233 ===== BARCELONA

---

Argumento de la película de dicho título

---

En medio de los bosques, sin contacto alguno con el mundo civilizado, vivía el viejo Peebles, aislado y completamente ajeno á las costumbres de nuestros días.

Una sorda enfermedad minada hacía algunos años á Peebles, envejecido antes de su hora por los muchos sufrimientos soportados con la resignación debida por no entristecer á su esposa é hijita con sus lamentos.

Un día aciago, perdió á su amada compañe-



ra..., y más que nunca quiso evidenciar, con rostro alegre, su contento de vivir para su pequeña Anita.

Más en este mundo todo tiene su turno, y á Peebles le correspondió el suyo una mañana, cuando el sol dominaba en el infinito, y mientras Anita, como de costumbre, visitaba el lugar preferido de un bosque inmediato á su casita de madera.

Peebles presintió su fin. Su corazón se resistía á actuar con normalidad y sus pulmones parecían encogerse. El momento álgido de su presentimiento, que iba á convertirse en triste realidad, llegó pronto y sólo tuvo tiempo de implorar al Cielo:

—Dios misericordioso: cuando vaya hacia Ti en respuesta á Tu llamada, ten piedad y guarda á la pobrecita huérfana que voy á dejar.

Abrió los ojos, como para ver si de entre las nubes se le aparecía Dios para significarle que le había oído y le atendería su ruego, y su cuerpo, en un gesto de supremo abandono, encorvóse en el sillón secular donde, como él, se sentaron sus ascendientes. ¡Había fallecido, de un ataque al corazón!

Anita, entretanto, acompañada de su perro Brutus, único amigo en su soledad pues había conocido á muy pocas criaturas más después de su padre y el animalito, había llegado al bosque. Se acercó al resto en tierra de un grueso tronco de árbol caído, se sentó encima é invocó, con su infantil imaginación, á las hadas moradoras del fofondoso rincón:

—Buenos días, mis protectoras.

—Buenos días, Anita.

—Me parece veros tristes esta mañana, mis buenas hadas. Decidme por qué.

—Vas á marcharte, Anita.

—¿Yo? No sé si me gustaría dejaros. Hay otra cosa en el mundo que bosques, ¿verdad? Sí, yo lo he leído... Pero si me marchó, ¿volveré otra vez aquí?

—¡Quién saber!

—Adiós; se lo voy á decir á papá. No os riáis, no: él os quiere mucho. Mirad: cada vez que vosotros me habeis dicho que al llegar á mi casa recibiría un regalo, se lo he contado á papá, y, siempre, siempre, he sido complacida. El otro día, precisamente, me encontré, de pie en un zapato mío, una muñeca.

Aquella mañana, las hadas no le habían anunciado á Anita un obsequio al regresar á su casa, indudablemente porque la sorpresa que recibió al cerciarse de la muerte de su padre hubiese sido más cruel, mucho más fuerte en emoción.

Desconcertada por tan funesto acontecimiento y poseída de doble tristeza por la muerte de su adorado padre y por el total desamparo de cariño en que quedaba, Anita se arrodilló al suelo, besó las ropas de su padre, y oró por su alma... Brutus, el perro fiel, participaba del dolor de su dueña, junto á ella.





Después de la muerte de su padre, de la cual fueron inmediatamente avisados,— pues Anita halló auxilio en unos madereros de los bosques que ella frecuentaba, y éstos hicieron los pasos necesarios para dar sepultura al difunto y prevenir á la familia,— los tíos de Anita fueron á hacerse cargo de los escasos bienes de su hermano y de la muchacha. El tío Stillsen y la tía Constance tenían un genio de mil demonios, particularmente la tía, que era de cuidado, y que, gracias á sus furiosos nervios, había formado el carácter de su marido á semejanza del suyo.

Por si no fuera bastante el decir popular "*ojos que no ven, corazón que no siente*", aplicable, sobre todo, á las familias, cambiando los conceptos de este modo: "*familia que no se trata, familia que no existe*", los tíos de Anita abandonaron su casa para ir á la del difunto, sin sombra de cariño para la niña, consolándose únicamente de tenerla bajo su potestad, con la idea de que tendrían ella una *criada propia para todo*.

Anita no les tomó ningún afecto á sus tíos, pues había guardado un antipático recuerdo de las dos ó tres veces que los viera antes de entonces.

La tía secundada nada más por su hombre,

pues era ella quien llevaba la batuta en la desafinada orquesta de su hogar, hizo rápida y desordenadamente el inventario de lo que poseía su hermano en la casita.

Como el perro de Anita se paseara por la habitación con aire de vigilar á los avarientos tíos, la irascible tía lo ató al pie de la cama. Anita imploró á su tía:



...Anita se arrodilló al suelo, besó las ropas de su padre,...

—Déjeme jugar con mi perro y mi muñeca.

—No quiero verte más con ese animal... ¿Y á quién se le ocurre á tu edad, jugar con muñecas?

—¡Déme el perro, mujer! Papá y yo jugábamos siempre con él.



—Basta. A mi no se me replica. De hoy en más, has de demostrarnos tu agradecimiento por los sacrificios que habremos de imponernos por tí.

—Yo quiero mi perro.

—¡Niña! Mira que te voy á dar, y que tengo la mano dura. ¡Habrás visto qué educación y qué atrevimiento!

Anita, partida el alma, salió con sigilo de su casa, yendo hacia el bosque.

Su tío, entonces, obligado por su esposa, á quien los ladridos de protesta del perro sacaban de tino, se llevó al animal junto á la orilla del río y allí, á quemarropa, le disparó dos tiros de calibre de caza, matándolo casi en el acto.

Anita oyó los posreros quejidos del perro agónico y se precipitó hacia el lugar de donde partieron.

El tío seguía contemplando su obra, tal vez para asegurarse que el can no se levantaría, ó para rematarle en caso contrario.

Horrorizada ante la sangre que brotaba de las heridas del pobre animal y rebelándose contra todo temor, Anita cerró sus puños, descargándolos con rabia é instinto vengativo sobre el tío, con acompañamiento de puntapiés sin dirección fija.

El tío la detuvo con brutalidad y, dejándola exclamarse frente al cadáver del perro, la dijo:

—Así no nos molestará más ese condenado perro, y tú aprenderás que las niñas tienen otras obligaciones que jugar con los animales.

No le quedaba á Anita más protección, una vez perdida la del perro fiel, que las buenas hadas, consuelo eficaz de su espíritu.



—¡Déme el perro, mujer!



—¿Puedo irme con vosotras y ser una hada también?—les preguntó.

—No, Anita. El destino te trazó el camino á seguir, y debes obedecer al destino... No llores, Anita querida; nosotras estaremos siempre á tu lado dondequiera que vayas.

—¡Oh, si! no me abandoneis nunca... ó prefiero morirme ahora mismo.

—No te apures; sé buena y sigue nuestros consejos.

\*  
\*\*

Muy á pesar suyo, Anita tuvo que alejarse de sus bosques encantados para seguir á sus odiados tíos á su casa de Kingstown.

El efecto que le produjo á Anita su entrada en aquella casa, que no era como la de su padre, y donde hasta los muebles y el más insignificante objeto tenían un aspecto de severidad, fué dolorosísimo.

—Anita, gandula; vé á buscar ahí fuera los paquetes que trajimos.— la ordenó su tía.

—¡No quiero!—contestó Anita temblándole la voz porque las lágrimas que caían en su corazón la producían sobresalto.

—¿Que no te da la gana? Toma, y obedece si no quieres que repita el latigazo.

—¡Uyl! ¡Nunca!... ¡Ayl! Papá!...

—Toma, toma, ingrata. Y vé en seguida allí ó me voy á perder contigo... ¡Mala pécora!

Alocada, Anita, por cada latigazo que le daba su tía, rompía un plato del juego de café que, como adorno había encima del bufete.

La tía se puso roja de ira y arreció sus salvajes latigazos que rayaban de sombra de sangre las piernas de la criatura.

Anita, que resistía los golpes por puro amor propio y testarudez infantil, llena de razón, cogió una urna de cristal que contenía flores antiguas y amenazó á su tía con hacerla añicos si la seguía pegando.

—Ahora, pégueme, y verá lo que hago...

—Dios mío —gritó la tía, desarmada.— No rompas eso.

—Hijita, no lo rompas.— suplicó el tío, alarmado.

Anita devolvió la urna, que era un recuerdo de familia muy venerado, á su sitio, pero los tíos no correspondieron á esta obediencia pues encerraron á Anita en la habitación que la destinaban, para castigarla á encierro y sin cena aquella noche.

Anita estaba desesperada. No; de ningún modo podría vivir con sus tíos. ¿Qué había de hacer, entonces?



La imaginación de la niña trabajaba activamente, y se le volvieron á aparecer las hadas.

—No temas, nenita; nosotras estamos siempre á tu lado.

—Y Brutus, ¿dónde está?... ¡Pobre Brutus! Dime, ¿eres feliz en el cielo de los perros? Yo soy infeliz. Voy á escaparme. Si me voy ¿irás tú conmigo?

En su ingenuidad, Anita creyó oír que su perro la contestaba, que no se separaba nunca de ella.

La idea de la fuga arraigó en forma tal en la cabecita de Anita, que la llevó á cabo, protegida por las sombras de la noche.

Por la mañana, bajo las caricias del sol, después de la angustiosa noche, Anita llegó á una estación de tránsito y subió á un tren en el momento en que se puso en marcha.

El frenero Bill, viejo empleado de la Compañía Central, la sorprendió:

—¿Escapándose?

—No me riña, señor. Me he escapado de la muerte...

—¿Vienes del infierno?

—Sí señor.

—¡Caramba! ¿Cómo va el calor allí?

—No se ría, señor, de mí... Soy muy desgraciada.

—Eso es una canción conocida.

—He sufrido mucho, señor.

—A ver, á ver... veamos de poner en claro este asunto... ¿Cómo se llama tu padre?

—No le tengo.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Tampoco la tengo.

—¡Demonio! ¿Eres huerfanita?

—Sí, señor.

—¡Pobrecita! Anda, confíame tus cuitas sin temor alguno. Yo quizá pueda ayudarte.

—Se lo contaré todo... Mire, primero ha de saber que yo tenía un perro...

Anita no omitió detalle en su narración; el frenero pareció quedar complacido del juicio demostrado por ella liberando su cuerpo y su alma de los golpes y vejaciones de sus tíos. Era un caso de conciencia que ella misma había sabido resolver.

Los ojos, en este instante, se apercibían de la desaparición de su sobrina y, lejos de inquietarse por conocer su paradero, celebraron poder acogerse á esta escapatoria para, en caso de que la muchacha les fuera devuelta por alguien, encerrarla en un asilo cualquiera.

El frenero se interesó por la niña, y la propuso:

—¿Te gustaría juntarte á la terrible banda de los Diez?

—¿A una banda? ¿De qué es esta banda?

—No puedo contestarte categóricamente ahora, pero somos una banda terrible y yo soy el capuán.

—No sé lo que será, pero yo aceptaría cualquier cosa si usted me promete que no volverá á Kingstown.

—Estamos de acuerdo.

Poco después, el frenero y Anita se apearon del tren y llegaron frente á una casa de aspecto modesto, limpio y coquetón, por cuya fachada trepaba, triunfante, la hiedra.

Antes de llamar á la puerta, de madriguera de



la terrible banda de los Diez Anita hubo de constatar á esta pregunta del frenero:

—Jura que nunca harás traición a la banda de los Diez.

—Yo no juro, pero si prometo.

Se abrió la madriguera y, como ratones, salieron á recibir al frenero, siete pequeñuelos, otro mayorcito, una señora... y basta; es decir, nueve «bandoleros», que junto con el capitán, el frenero, formaban la banda de los Diez, ni uno más ni uno menos siquiera en camino, según detalles fidedignos.

Con motivo de la llegada del jefe de la banda, se armó una revolución monstrua. Pero lo bueno de esta revuelta era que nadie lloraba y todos reían.

El «capitán» pidió á sus subordinados que calmasen un momento nada más sus nervios y, conseguido esto, les anunció:

—Esta es Anita, que va á ser uno de los nuestros.

Los pequeños bandoleros, y el mayorcito también, rodearon á la nueva afiliada.

La señora capitana la abrazó y la sacó de dudas:

—Yo soy la esposa del frenero, y estos rapaces, nuestros hijos.

Para Anita, aquello era la gloria soñada.

El mayorcito de los pequeños de la banda, que se llamaba John, se fijó enseguida en la carita dulce de Anita y no se apartó un momento de su lado.

La banda de los Diez, cuando el reloj daba diez campanadas, se dedicaba á las más variadas excentricidades. Aquella noche pidieron á su

padre marcándole el compás de la música con las manos, que bailara en obsequio de Anita.

El frenero, temible capitán, por complacer á sus huestes y quedar en paz, les prometió bailar si le aseguraban, á cambio de ello, que se acostarían en seguida.

Cerrado el trato, el buen padre bailó, entre las entusiastas exclamaciones de sus hijos, admiración de Anita, y francas risotadas de la capitana feliz.

El mayorcito de los hermanos le dijo á Anita, para que se considerara entre ellos como de la familia:

—Papá ama mucho á los niños. Lo daría todo por vernos siempre alegres. Cuando vé que los hijos de los demás no son dichosos, le da mucha pena y alguna vez ha vuelto á casa malhumorado por esa razón.

—Conmigo se ha portado muy bien... Tú te llamas John, ¿verdad?

—Si; John, para servirte.

—Pues, mira, John, yo estoy muy contenta de haber venido aquí... Pero le voy á decir algo á tu papá que me da mucho miedo que lo haga.

—Ve, mujer, ve...

Anita le preguntó, ansiosa, al frenero:

—No me volverá á Kingstown, ¿verdad que no?

—Esta noche, no, pero tengo que notificar á tu tío y á la Compañía...

—¡Ahl... ¿Cree usted que mis tios me reclamarán?

—Tal vez sí...

—¿Y yo habré de volver á la fuerza?

—No te aflijas, Anita... Ya veremos lo que se hace por tí... Por ahora hay que pasar por las



formalidades impuestas por la ley.

Era la hora de acostarse. Anita tenía una duda horrible que no se había separado nunca de su mente desde que abandonara á sus tíos. Era el temor de volverlos á ver y convivir con ellos.

Al ir á retirarse Anita á la pequeña habitación que le había preparado la esposa del frenero, se despidió de John, sonriéndole agradecida por sus atenciones:

—Buenas noches, John.

—Buenas noches, Anita.

Si bien Anita no podía descansar pues tenía otras cosas de más apremiante solución en qué pensar, John por su parte, se durmió así que se puso en la cama, para aprovechar, hasta el día siguiente, un sueño tranquilo pensando en la amigueta que su papá le había traído.

A Anita, como es de suponer, le había quitado el sueño el recelo de ser llevada á casa de sus tíos. Recurrió en demanda de consejo á sus hadas ó á su imaginación, que era lo mismo:

—Hadas queridas, decidme; ¿debo marcharme de aquí?

Fué su propia sugestión lo que la hizo escaparse de la casa del frenero cuando todo dormía.

El alba sorprendió á Anita deambuiando por las calles de los arrabales de la ciudad, en los que estaba situada la casa del frenero.

Pete Sebastian y su hermana Stella, que después de trabajar durante veinte años en una granja encontraron petróleo y vendieron por un millón, vivían en una preciosa torre de los citados arrabales en la más completa armonía.

Madrugadores como en sus tiempos de campesinos, Pete y su hermana, ya desayunados á

aquella hora, se ocupaban en sus «cosas» predilectas.

A Stella, como mujer, claro está que le correspondía estar en la cocina ó levantando las camas; y á Pete, como hombre, procurar el bienestar de la familia, para lo cual se encargaba de la sesión diaria de fonógrafo, que hubiera sido un encanto si no discreparan los dos hermanos en el estilo musical. A Pete le gustaban los discos chillones, por el contrario, á Stella le quitaban el hipo, los de música melan... melancólica.

Y cada mañana, sin excepción, surgía entre los dos hermanos la discusión sobre el arte.

—Por Dios, Pete, ¿cuándo vas á tener gusto para la música?

—Cuando cambie el tuyo, mujer—solía él contestarla.

Anita entusiasmóse por la música que llegaba hasta la calle, y mirando por encima de la verja del jardín que circundaba la torre, vió en el fondo de la puerta, abierta, de la casa, un comedor, y un hombre (Pete) fumando y tarareando las canciones que salían por una bocina muy grandota.

Anita no sabía lo que era una máquina parlante, y su curiosidad é inocencia la empujaron hacia Pete llegando á su presencia en un abrir y cerrar de ojos.

Pete, distraído, oyó pasos.

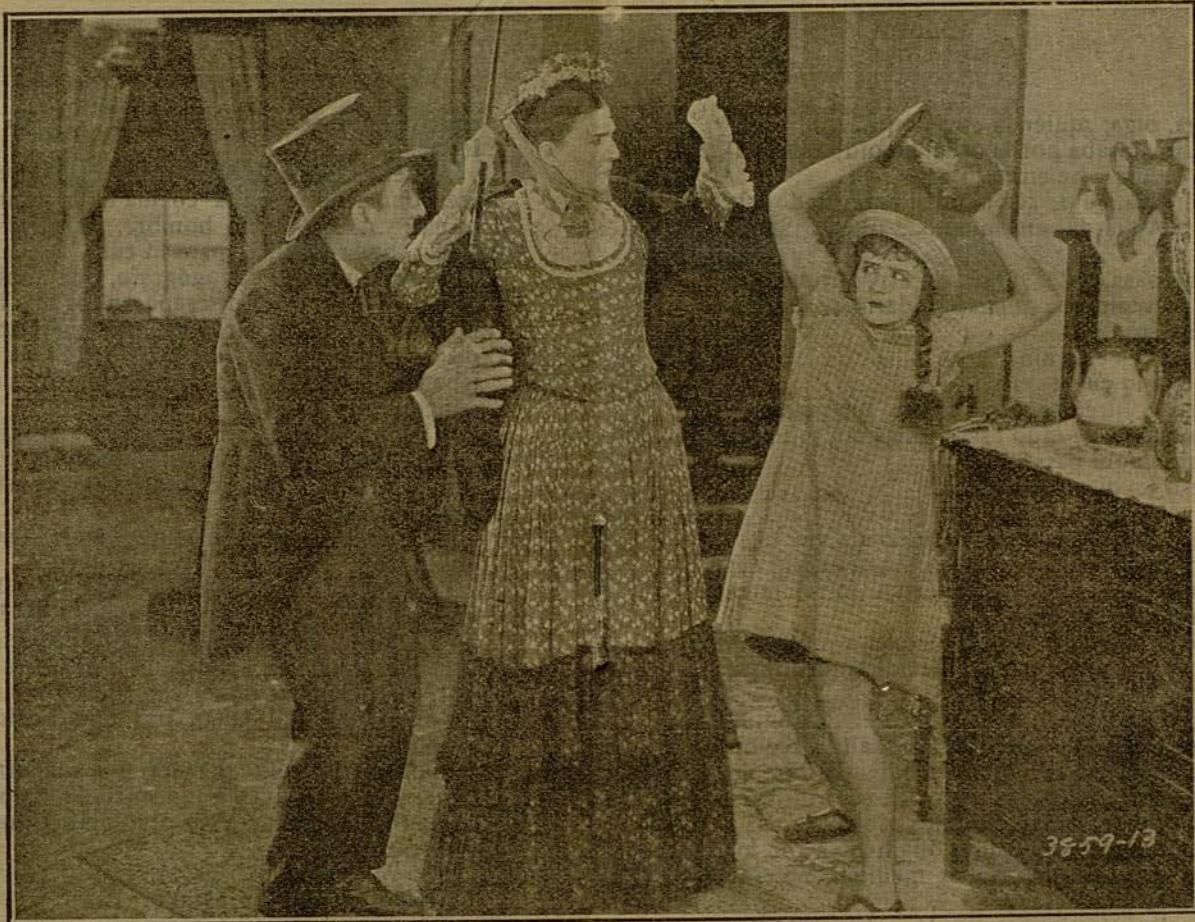
—¿Quién hay?—preguntó.

—Soy yo.

—¿Quién es usted?—dijo Pete, reparando en Anita.—¿Qué desea?

—Vengo á vivir aquí.





—Ahora, pégueme, y verá lo que hago...



—Oiga, oiga; ¿quién la envía aquí?

—Nadie. Pasaba por la calle, he oído esta música tan bonita y he entrado.

—¡Ah! Vaya, vaya. ¿Conque te ha gustado esta música?... Aguarda uu minuto... ¡Stella! ¡Stella, ven!

—¿Qué pasa, Pete? ¿Qué son esos gritos?

—Te presento una *dama* partidaria de mi música. Héla aquí.

—¿Quién es esta niña?

—Que te lo cuente ella.

—Pues le diré, señora: estaba buscando un sitio para vivir, he oído esta música tan rebonita y he venido aquí para vivir.

—¿Pero lo dices de verdad?

—Sí, señora...

—Bien, dinos quién eres y de donde vienes.

Como lo hizo con el frenero, Anita refirió sus aventuras añadiendo naturalmente, lo referente á la banda de los Diez.

—Bueno; quédate ahora, descansa un poco, come lo que quieras y luego decidiremos lo que respecto á tí pueda hacerse.

Una señora solicitó hablar con Pete. La anunció su hermana que mientras Pete salía á recibir su visita se quedó con Anita, á quien la dijo:

—¿No has oído hablar nunca de espiritistas?

—No, señora... ¿Qué significa espiritista?

—Dicen que son personas que hablan con los espíritus. Esa señora es una medium. Yo creo que todo es una farsa.

—Yo, al contrario, creo en los espíritus. Ellos me dicen siempre lo que yo quiero saber.

—¿Ah, sí?

Siguieron platicando cariñosamente Stella y

Anita mientras la medium enteraba á Pete de sus éxitos.

—Sus mensajes espirituales han sido correspondidos. Una bonita mujer ha llegado para usted.

—¿Una mujer ó una niña, quiere usted decir?

—Una mujer de 20 primaveras, hermosa, llena de virtudes.

—Me gustaría conocerla.

—Entonces, le esperamos á usted para la sesión.

—Conforme. Hasta la noche; no faltaré.

\*  
\*\*

En casa del frenero reinaba el desconcierto por la desaparición de Anita. Pero, ¿por qué se había marchado? ¿Tan mal la recibieron para que tomara la resolución de abandonarlos? El desconuelo de la banda de los Diez era mayor que el que pueda uno imaginarse pues, por algo



muy poderoso que uno lleva dentro de sí, Anita, apenas conocida, fué considerada como una amigueta de toda la vida de indispensable compañía. El disgusto máximo lo tuvo John, para quien Anita venía á ser como la viva realidad de una pueril ilusión de su tierno corazón.

El frenero, por su parte, se disponía á dar cuenta de la fuga de la chiquilla, haciendo una declaración firmada á la compañía del Ferrocarril. Dicha declaración anularía la primera que hiciera la víspera notificando el hallazgo de Anita y los motivos, á tener en cuenta, que la niña alegaba haberla inducido á huir del lado de sus tíos. Considerando que el rudo comportamiento de los parientes de Anita ponía de manifiesto que no le tenían ningún afecto á la niña, y amparándose en el rotundo deseo de ella de preferirlo todo á volver con sus tíos, el frenero, además de la citada primera declaración á la Compañía al pie de cuyo escrito habíase ofrecido á guardar la muchacha, mandó una carta á mano á los tíos de Anita, confirmandoles lo que un agente de la Compañía les expondría sobre la niña, es decir que él estaba conforme en adoptarla si se le autorizaba debidamente. El resultado de las gestiones efectuadas con la rapidez que el caso requería, fué brillante para el noble frenero que antes que apurarse por el aumento de la banda, celebraba, con su esposa, John, y la gente menuda, la agregación de un músico más en la charanga tan típicamente familiar. Todo eso era muy bonito, si; pero, ahora que tenían los papeles legales de adopción, ¿dónde estaba el nuevo filarmónico, digo, Anita?

El cielo es bueno para los buenos y habia de

serlo necesariamente para Anita, que vino á disipar la nube gris en el cielo del modelo de hogar, del brazo de Pete, orgulloso éste, más que de su gordura, por cierto de *peso*, de llevar á su lado una preciosidad de mujercita, vivaracha, inquieta, adorable muñeca.

—Y, claro, la reaparición de la amigueta constituyó un acontecimiento sensacional y si la banda no tocó la Marsellesa, fué por no despertar el vecindario á la revolución.

John, inconscientemente, se adelantó á todos para darle la mano.

Pete, el frenero y la esposa de éste, mientras Anita... y John se entretenían con los niños, hablaron acerca de Anita; el frenero añadió á lo que Pete conocía ya, referente á las fugas consecutivas de Anita, que tenía en su poder los papeles de adopción, y que iba á adoptarla á pesar de tener tanta familia.

Entonces Pete dijo:

—Al llegar aquí me figuré que entraba en un colegio.

—Son nuestros hijos; ya ve usted la colección. Se comen en un día lo que uno gana en un año. Usted no sabe lo que es un jornal para diez, ¿verdad?

—Vivo sólo con mi hermana... de mis rentas... Trabajé hace algún tiempo para mí.

—Lo que son las cosas: usted con tanto dinero y sin chicos.

—Y ustedes con tantos niños y tan poco dinero, son más felices que yo... Pues bien yo tendría mucho gusto en encargarme de Anita, si ustedes, que han pasado á ser legalmente sus padres adoptivos, me lo permiten.



—Creo que podremos entendernos, pues lo que mi esposa y yo queríamos era proteger á esa niña contra la fatalidad. ¿Verdad, mujercita mía?... Resumidas cuentas, ya que nosotros tenemos tantos hijos, y usted puede hacer mucho por Anita, hemos decidido dejársela tener.

—¡B'ar! Son ustedes dos personas muy agradables... Con Anita, me dan ustedes la alegría de mi vida rutinaria.

—Le advierto á usted una cosa, y no se enfada: nosotros no dudamos de usted, pero mi esposa investigará... Oye, Anita, ven aquí...

—Aquí estoy..

—¿Te gustará tener por protector al señor Pete?

—Mucho.

—Entonces, te irás á vivir con él desde ahora mismo.

—¿Y no les veré á ustedes más?

—Cuanto gustes, Anita;—la dijo, Pete—. La banda de los Duz está invitada á venir á vernos siempre que le plazca.

—Iremos todos los domingos, á comer chocolate —gritó un pequeñuelo.

—Y yo, si me lo permiten mis papás y ese señor, voy á ir ahora contigo, Anita, y así sabré donde vives —añadió John.

—Dice bien el muchacho —asintió Pete.— Vamos.

Pete llevó á los dos amiguitos hasta la puerta de la casa de la espiritista que le convocara por la mañana para aquella hora del anochecer, pensó que quizá los niños se asustarían al oír hablar los espíritus en la oscuridad, y tuvo la intención de mandarlos solos á su casa, á la que

regresaría él antes de una hora. Después de cenar, él y Anita acompañarían á John á su hogar. Pero Anita al ver la placa de la medium en la puerta de la escalera, recordó lo hablado con la hermana de Pete á propósito de espiritistas, y obligó á Pete á llevársela con John para asistir á la sesión misteriosa.

Empezaron los experimentos.

—Señores, sírvanse fijarse que todas las puertas y ventanas están cerradas y selladas. El gabinete... completamente vacío. ¿Alguien quiere examinar el cordel?

—Yo—dijo, levantándose, decidida, Anita.—

Lo examinó minuciosamente y volvió á su sitio. Pete, á quien esos juegos sobrenaturales infundían cierto respeto lándante con el temor, no habría hecho otro tanto.

Después de hacer varias consultas con los espíritus invocados por los clientes, el ayudante de la medium preguntó:

—¿Desea alguien hablar con algún espíritu?

Otra vez Anita se levantó, y contestó:

—Hágame el favor de dejarme hablar con mi perro.

Era chistosa la ocurrencia, pero se conoce que los asistentes á aquella sesión no las tenían todas, pues sólo se veían caras serias y pálidas de miedo ó de una cosa muy parecida.

El ayudante de la espiritista, á quien se le había atragantado la curiosa niña, la obligó á salir de la sala y á que esperara á Pete sentada en la escalera que conducía á las habitaciones superiores de la casa. Ni Pete ni John, por prudencia y para evitar molestias á los demás clientes, no se opusieron á que Anita fuera llevada á



otra sala. Pete tenía además otro motivo y era que había sido anunciado el espíritu de una sobrina suya que deseaba hablar con él.

Pete abrió los ojos y las orejas, y vio una mujer vestida de blanco, en un fondo de cortinajes negros, velada por una combinación de luces, y oyó estupefacto:

—Pete, ten fe y yo te guiaré hacia el espíritu de la que ha de ser tu compañera.

Pete se preguntaba quién sería la mujer elegida por su sobrina, y ansiaba conocerla pronto.

Entretanto, Anita no perdía el tiempo y descubría, gracias á la imprudencia de un «*espíritu*» vestido de rata de hotel que para intimidarla había salido del «*gabinete vacío*» donde aparecían los fantasmas, que lo que se hacía en aquella casa era un descarado negocio con la ignorancia de los incautos que se dejaban coger en la red de varios vividores. A Pete, la medium quería hacerle tragar el anzuelo presentándole una chica muy guapa como la elegida por el espíritu de su sobrina, cuando no era más que una encargada de robarle cuanto pudiera. A otros, la misión de los espíritus era la de aconsejarles la compra de acciones de una Compañía imaginaria regentada por los pájaros de cuenta.

Anita dió el grito de alarma y se armó la de San Quintín. A poco llegó la policía, avisada oportunamente por uno de los incautos, y los estafadores dieron con sus huesos en la cárcel.

Peter bendecía á la pequeña héroe y no acertaba á dar con las palabras que mejor expresaran su admiración.

John sonreía... y nada más. El sabía el valor

de Anita, y no cada minuto sino cada segundo, su cariño hacia ella aumentaba como sus deseos de verla siempre.

\*  
\*\*

Meses de felicidad para todos habían pasado. En la noche anterior á la partida de Anita para el colegio, se reunió la banda de los Diez con Pete, su hermana y Anita para tributar á ésta una cariñosa despedida.

El frenero, en su nombre y en el de su esposa, habló así con Pete:

—Vemos con mucho agrado el interés que demuestra usted por Anita. Si no fuera por usted, querido amigo, Anita no iría mañana al colegio para educarse.

—Estoy contentísimo de poderlo hacer, amigos míos. Pero esto no es todo. Guardo una sorpresa para ustedes.

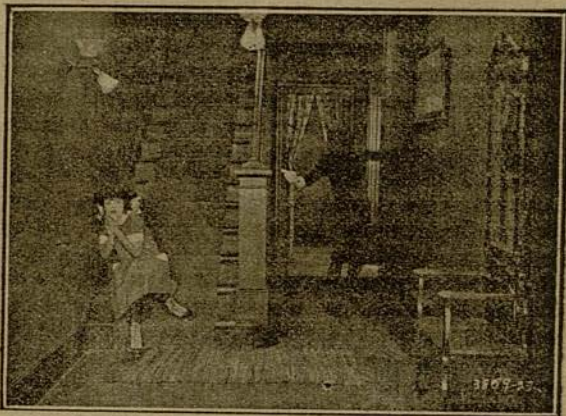
—¿Una sorpresa? ¿Para nosotros también



quiere ser usted más generoso?

—Es sabido que John quiere ser ingeniero, y voy á mandarlo á un colegio técnico para que estudie dicha carrera.

—Querido Pete, es usted un amigo de verdad. A usted deberemos la felicidad de nuestro hijo.



*...descubría, gracias á la imprudencia de un espíritu vestido de rata de hotel...*

—Gracias, señor Pete—intervino John, que había oído sus palabras.—¡Qué bueno es usted!

Como si comprendiesen el favor que recibiría su hermano, de Pete, los pequeñuelos de la banda rodearon al bienhechor entonándole un himno de risas chillones.

Anita y John palmotearon juntos, mas entre la

natural alegría un buen observador hubiera descubierto un ligero suspirar...

Pete aprovechó un momento en que la banda de los Diez se preparaba para partir, para decirle, entre bromitas, á Anita:

—Antes de que marches, mañana, quisiera preguntarte si cuando seas mayor te gustaría casarte conmigo.

Entre bromitas también, ella le replicó:

—No me disgustaría. Solamente que nunca pensé que pudieran gustarme los hombres gordos.

—Perfectamente, Anita. Vé primero á la escuela. Hay tiempo de sobras. Luego, al volver transformada en una gentil mujercita, hablaremos de ello.

John, nervioso é inquieto, buscó y supo hallar la ocasión de hablar á solas con Anita.

—Si no que te vayas, Anita.

—¿Qué importa, si tú tampoco estarías aquí, aunque yo me quedara?

—Yo te escribiré á menudo. ¿Me contestarás siempre, Anita?

—Sí, John.

—¿Quieres darme un beso de despedida?

—¡Oh!... Eso... Ahora somos mayorcitos...

—Dámle, Anita... Si tú supieras...

—No quiero besarte... Pero bésame tú.

Con el oscúto lleno de candor Anita y John se cambiaron unas perlas de agua puras como sus almas...



Algunos años después, Anita volvió del aristocrático colegio de Miss Lea, completamente cambiada.

Con tan fausto motivo, pocos días después de la llegada de su protegida, linda como una mañana de sol y alegre como el canto de los pájaros gozando de la libertad bajo un cielo azul, Pete organizó una gran fiesta en su casa a la que invitó, entre sus íntimas amistades, a la simpática banda de los Diez.

John era un distinguido joven de carrera, orgullo de sus buenos padres.

Pete, durante la fiesta, se llevó a Anita al jardín y en él, trémulo de emoción, la sonrió primero, para cobrar ánimo, y luego la enseñó una cajita.

—¿Va usted a hacerme un regalo?

—Mira... ¿Te gusta?

—¿Es para mí?

—Sí... Es el anillo de boda. ¿No te acuerdas... aquella última noche lo que me dijiste? Pienso anunciar nuestro próximo enlace esta noche.

Anita sentíase desfallecer de amargura, pero la reflexión se impuso a sus actos... Por toda respuesta fingió ruborizarse...

Pete prosiguió:

—He amueblado una preciosa casa para tí y para mí... ¡Ya verás cuán felices vamos a ser! ¡Bah, mujer! Perdóname si soy un poco... así... brusco... rápido... Es la primera vez que me veo en este trance ¿sabes?... ¡Qué contento estoy, Anita querida!... Te dejo un momento,... veo que estás pensando y me gustará que te decidas completamente convencida de mi cariño.

John salió al jardín en busca de Anita.

Pete los vió poco después juntos, y sorprendido del silencio que guardaban ambos, por vez primera en su vida supo lo que eran los celos y la indiscreción. Apostóse detrás de unos arbustos, cerca de donde estaban, sentados, contemplándose, los dos jóvenes, y escuchó atento al menor gesto:

—Anita ¿qué te pasa? Estás triste.

—No tengo nada, John... nada...

—Anita, por mis cartas lo habrás adivinado, y hoy, no pudiendo esperar más, te confirmo que te amo y que deseo seas mi mujer en que yo adoraré toda mi vida.

—No puede ser, John. Yo no soy libre.

—¿Qué dices, Anita? No me hagas sufrir.

—Tú no lo sabías pero hace mucho tiempo que estaba comprometida con Pete.

—¿Es posible? ¿Por qué no me lo decías antes? Yo creía...

—Yo tomé la cosa a broma, y en broma le contesté...

—Entonces esto quiere decir que yo debo de-





...por vez primera en su vida supo lo que eran los celos y la indiscreción...

cirte adiós...

—Todo lo que tenemos y todo lo que somos, lo debemos á Pete. Si se quiere casar conmigo, mi deber es complacerle.

—Adiós, Anita...

—Adiós. John.

—Yo te querré siempre... y para mi serás tú la única mujer amada...

—Y yo, John, no olvidaré jamás los días felices pasados junto á tí y el hondo cariño que en mí nació para corresponder al tuyo... ¡Por Dios, John, no quiero que llores!

—Anita, mi Anita adorada, lloro porque las lágrimas ya no caben en mi pecho... ¡y tú también lloras!...

La separación fué dolorosa, silenciosamente desesperada...

Pete se secaba el sudor de su frente... pero su pañuelo también secaba sus ojos...

Lentamente, y por separado, volvieron Anita y John á la fiesta.

Pete, conforme lo había dicho á Anita, pidió un poco de atención á sus invitados y les anunció:

—Señoras y caballeros; tengo el honor de anunciarles el compromiso de boda de Anita

Era, para los enamorados, el momento del sacrificio. El nombre que iba á pronunciarse sería el martillo que derribaría el castillo de ilusiones construído por manos jóvenes.

Pero Pete terminó su frase así:

—...con John Kelley.

La torre se irguió más orgullosa hacia el cielo al oírse estas palabras.

Anita, emocionada, abrazó, agradecida, á Pe-



te, sin sospechar su desengaño y atribuyendo la conversación sostenida con él antes, á deseo de bromear, como siempre.

John loco de alegría, besó la mano de su protector y acarició con la mirada, esta vez velada de lagrimas de gratitud, á su novia Anita.

Hubo aplausos, gritos de los pequeños, y sentidos apretones de mano entre el frenero, su esposa, y Pete.

Todo el mundo era feliz,... incluso Pete, que sabía acallar su corazón en el recuerdo de su nobleza...

\*  
\* \*

Anita y John se casaron poco después, y los bosques que la vieron á ella nacer, y á donde iba á hablar con las hadas, fué el paraje encantador elegido para su luna de miel...

- *En todo corazón puro y bueno*
  - *Donde la nobleza no puede ser más*
  - *Gratos recuerdos guarda en su seno*
  - *De los días que no volverán jamás.*
- *Ellen C. Howarth* •

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

---

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 — Tarrasa